

I CERTAMEN LITERARIO IES LOS ALCORES (2002)

OBRAS PREMIADAS

1	<u>Dueño de mi amor</u>	Belén Ballester Barona	POESÍA	1º,2º, 3º ESO	2º PREMIO
2	<u>Falsas apariencias</u>	Miriam Isabel Murcia Sáez	NARRATIVA	1º,2º,3º ESO	1º PREMIO
3	<u>¿Vivirá siempre?</u>	Estefanía Sáez Huertas	POESÍA	4º,1º,2º BACH	2º PREMIO
6	<u>Espíritu navideño</u>	Alfredo Sala Durán	NARRATIVA	PROFESORADO	1º PREMIO
7	<u>Sueños imposibles</u>	Tomás Vte. Martínez Campillo	POESÍA	PROFESORADO	ACCÉSIT

DUEÑO DE MI AMOR

Te amo más de lo que he amado en mi vida,
no sé cómo decirte lo que siento por ti;
pero cuando te veo me quiero morir.

Tus ojos me hacen pensar
tu sonrisa te hace brillar;
tu forma de ser nunca la debes cambiar.

Eres ideal, no sé qué tienes que no te puedo olvidar.

He amado varias veces y ninguna como a ti,
eres genial y me haces sentir especial.

Te quiero demasiado y quiero que seas feliz;
pero si no es conmigo a tu lado
me quiero morir.

¡Qué más da!,
lo importante es que lo seas con quien ames de verdad,
aunque sé que me va a doler, me conformaré con tu amistad.

Me gustaría mucho decirte algún día lo que siento,
pero hasta que llegue el momento me conformo con escribir.
Si no te lo digo es porque tengo miedo, miedo al rechazo;
Le temo al amor, pero más le temo al amor no correspondido.

Quiero que sepas que no hago más que pensar en ti,
en tu mirada, en tu sonrisa, en tu forma de ser.

Pienso tantas cosas cuando a mi memoria llega tu recuerdo.
Pienso en cómo sería si estuvieras conmigo,
compartiendo momentos llenos de felicidad,
o en esos momentos en que me siento sola y
necesito de alguien como tú.

No entiendo cómo una cosa tan sencilla puede darme este temor,

pero me muero por decirte que eres dueño de mi amor.

[Anterior](#)

[Menú principal](#)

[Siguiente](#)

FALSAS APARIENCIAS

Fue el mejor verano de mi vida o el peor, como se quiera ver.

Ese verano conocí a mi ex-marido. Estaba paseando por la playa cuando lo vi a él. Era uno de esos socorristas que están en la playa para que los bañistas se encuentren más seguros. Esa misma tarde me hice un corte en la pierna y fui a que me curara. Estuvimos todo el tiempo hablando y quedamos para tomar algo por la noche.

Cuando llegué al bar, me sorprendió todo de él. Todo lo que decía era tan bonito, tan dulce, tan cariñoso,... que me enamoré, me enamoré como una boba.

Durante un mes estuvimos quedando y hablando durante horas por teléfono.

Y por fin, por fin llegó ese día que tanto esperaba, el día en él que me reveló su amor. Me llevó a la orilla de la playa, me sentó en la arena y con una voz dulzona dijo suavemente:

-Hace más de un mes que nos conocemos, que salimos juntos de copas, que nos llamamos por teléfono, y me he enamorado de ti, me he enamorado de ti profundamente, como nunca antes lo había hecho y necesitaba decírtelo...

Al oír esas palabras, no le dejé continuar. Yo, que apenas podía hablar de la emoción, le besé. A mí, personalmente, siempre me ha gustado que los hombres tomen la iniciativa; pero en ese momento me sentí con valor y fuerzas suficientes para no esperar. No lo pensé, simplemente lo hice.

Esa noche fue preciosa e inolvidable.

Pasaron los días, los meses, los años, y seguimos juntos. Él se comportaba como la primera vez: dulce, cariñoso y simpático. En todo ese tiempo nunca habíamos tenido una pelea importante, y una noche me llevó a la misma playa en la que habíamos empezado nuestra relación. Lo noté mas nervioso que nunca, me sentó en la arena, me besó suavemente y miró al cielo. A continuación puso sus ojos en el mar... En ese momento se me pasaron por la cabeza mil cosas, temí lo peor. Pensaba que quería terminar conmigo. Sin embargo, se arrodilló y permaneció así, mirándome a los ojos, durante unos diez minutos. Cuando me cansé de tanto silencio y tanta intriga, le pregunté:

-¿Qué pasa cariño?, ¿es algo malo? Dime algo que me estoy sintiendo mal con tanto silencio.

Él me contestó rápidamente:

-No te preocupes, no es nada malo. Es sólo que...

El silencio volvió al lugar donde estábamos. Después de unos minutos continuó:

- Llevamos mucho tiempo juntos y te quiero más que a mi propia vida. Me gustaría, me gustaría que...

En ese momento respiró profundamente, se armó de valor y me dijo muy nervioso:

-¿Te quieres casar conmigo?

Al escucharlo me quedé sin voz. Yo no esperaba eso. Le contesté:

- Sí, sí, sí, sí quiero casarme contigo.

Nos volvimos a besar y nuestra felicidad surgió con más fuerza en ese momento.

Estuvimos año y medio preparándolo todo: la fiesta, el restaurante, los invitados, el vestido de novia... y llegó por fin el día más feliz de mi vida. Todo salió perfecto. Lo que jamás hubiera imaginado es lo que pasó después del viaje de novios.

Nuestro viaje fue por Europa. Todo resultó precioso e increíble. No creía lo que estaba viviendo.

Al llegar a la casa que habíamos comprado, deshicimos las maletas y empezamos nuestra vida juntos. Los dos estábamos trabajando y teníamos que descansar. Esa noche lo noté un poco tenso. Pensé que era por el cansancio del viaje. Bueno, ya no lo volví a notar así hasta cumplidos los seis meses de casados. Al cumplirse esos seis meses, los más felices de mi vida, empezamos a tener pequeñas peleas, por nada, por un jersey que no estaba bien colgado, porque no había cerveza... Lo peor era que después de esas pequeñas peleas se emborrachaba, llegaba a casa a las tantas de la madrugada, casi no podía tenerse en pie; pero se dormía sin rechistar y al día siguiente no recordaba nada.

Todo empeoró cuando empezó a beber antes de nuestras discusiones. Un día él llegó bastante borracho, tuvimos una pequeña pelea y terminé con la cara marcada. Esa noche no podía creer lo que me había sucedido y me marché a dormir a un hotel. Al día siguiente volví a casa. Cuando llegué no podía creérmelo. Mi esposo estaba arrepentido de verdad, o al menos eso parecía. Me ablandó el corazón de tal manera que lo perdoné sin pensarlo. Ahora me doy cuenta de lo estúpida que era.

Esa situación se volvió a repetir; pero no sólo una vez, no. Las agresiones que recibía se fueron haciendo más y más frecuentes. La última de ellas fue especialmente dura. Esa noche terminé en el hospital, con un ojo morado, el tabique nasal partido y un brazo fracturado. Estuve dos semanas ingresada y al salir de allí, me armé de valor, hablé con mi familia, me separé de él y lo denuncié por malos tratos.

Esta historia parece muy sencilla así, explicada; pero la verdad es que resulta muy duro, casi insuperable. Puedes hundirte en una gran depresión y no salir de ella por mucho tiempo. Yo la superé con ayuda de mi familia y de algunos psicólogos, aunque nunca llegas a dejarlo atrás del todo. Por eso, cada vez que veo por televisión a una mujer maltratada, o muerta a causa de malos tratos, o a niñas violadas o a cualquier persona víctima de algún abuso, intento ayudar con mi apoyo y mi consejo.

No es fácil enfrentarse a la persona amada, ni siquiera es fácil pensar que eres una mujer sometida. Por eso, desde aquí, quiero dar ánimos a todas esas mujeres que desean seguir viviendo y soñando, con la esperanza de que llegue el día en que no se cometan esta clase de injusticias.

[Anterior](#)

[Menú principal](#)

[Siguiente](#)

¿VIVIRÁ SIEMPRE?

La vemos a nuestro alrededor
día tras día, noche tras noche,
la vemos hasta en televisión
e incluso donde no la queremos.

Si no la quieres ver
cierra los ojos porque allí estará
si la quieres vencer
no luches, pon paz.

Entre algunos levanta pasión
y entre otros todo lo contrario,
por donde camina crea dolor,
mucho sufrimiento, angustia y odio.

Si no la quieres ver
te puedes ir a otro lugar
si la quieres vencer
no discutas, comienza amar.

Por dentro no tiene corazón,
aunque la matemos vivirá,
solamente la puede el amor
que por desgracia no siempre está.

Si no la quieres ver
puedes hacer como que no está
si la quieres vencer
¿por qué no haces algo ya?

[Anterior](#)

[Menú principal](#)

[Siguiente](#)

ESPÍRITU NAVIDEÑO

Un paisaje de luces y adornos navideños aparecía por todas partes delante de la mirada blanca y triste de un nigeriano inmigrante, que se afanaba por llegar pronto a su chabola, compartida con otros compañeros, de madera, plástico y cartón, para resguardarse de los copos de nieve que caían suavemente sobre los adoquines de la calle. En este país, de nada le servía la carrera de derecho penal que había estudiado en su patria. Ironías y paradojas de la vida. Ahora trabajaba recolectando naranjas por los alrededores de Valencia, y los pocos dineros que recogía los enviaba a la familia que había dejado más allá del Estrecho del Gibraltar, que los sudafricanos comparaban con un falso embudo, donde la parte inferior de Europa era la costa andaluza y la parte superior, es decir, lo amplio no existía.

Hacía seis meses que Boudhila había llegado al continente de la esperanza, el tan buscado paraíso, y, como un ilegal que era, el tan conocido apodo de los "sinpapales" le pesaba como la losa de mármol de la tumba que él, inevitablemente, se había cavado. Los primeros meses había encontrado trabajo en unos invernaderos de la huerta. Le resultaba excelente, diez horas de trabajo por dos mil quinientas pesetas, maravilloso, el sueldo que él ganaba en su país durante un mes.

No era un ferviente servidor de El Corán, pero casi todos los días se levantaba media hora antes de ir al trabajo, para rezar y rogar a un Dios sordo que le sacara de aquella nefasta situación. Agachado delante de una pequeña alfombra, encontrada en un contenedor de basura, pedía clemencia y repetía en árabe: "Alá es el más grande y Mahoma su profeta".

Siempre el mismo rito, siempre con la cabeza girada hacia el este, siempre con la cabeza hacia la Meca, la cual quería visitar, al menos una vez en la vida, como lo establecen los fundamentales preceptos y principios musulmanes.

Proviniente de una familia bien situada, la situación económica había ido de mal en peor en su país. Hacía unos años podía permitirse estudiar una carrera, pero se quedó huérfano de padre, y, ahora, allí se había dejado una madre enfermiza y una hermana desgraciada, pues estaba coja y nadie quería casarse con ella. Habían tenido que vender todos sus bienes, quedándose prácticamente sin nada. A ellos les enviaba una pequeña parte de su inmundo salario el último viernes de cada mes. Le preparaba el ingreso el señor Toni, funcionario de correos y telégrafos, que estaba a punto de jubilarse. Aquél desgraciado procuraba extorsionarlo siempre que podía, sin ningún tipo de miramientos: en cada envío, al resultar ilegal, le cobraba una pequeña tasa superior. Al mismo tiempo, adornaba la extorsión, deleitándose con los frutos secos que tanto le gustaban a nuestro protagonista. Arrepentido de haber salido de su país, de haber llegado a España, de estar en aquella trágica circunstancia, se levantó aquella mañana y se puso la poca ropa que tenía. La indumentaria constaba de pocas piezas: un chándal desgarrado, una jersey de lana que le venía estrecho y unas zapatillas deportivas con las suelas desgastadas. En el bolsillo del pantalón tenía unas cuatrocientas pesetas, hambriento acudió al "Bar el pobre", para tomarse un batido de chocolate y una tostada de pan con mantequilla. Se trataba de un local del barrio del Carmen, donde acudía un grupo de inmigrantes, sobre todo para tomarse café o desayunar. Éste era un lugar idóneo para pasar desapercibido o refugiarse de una redada policial. Manel, el propietario, viudo de avanzada edad, los consideraba hijos suyos, y así lo hacía saber a veces ofreciéndoles algún bocadillo extra. Mientras desayunaban deprisa, todas las miradas se dirigían al televisor situado arriba en el ángulo opuesto a la barra. Era el veintidós de diciembre: iba a comenzar el sorteo especial de la lotería de Navidad. Los chicos de San Ildefonso, uniformados, se preparaban con cuidado y esmero, mientras

miraban expectantes cómo entraban en los grandes cuerpos esféricos las pequeñas bolitas de la suerte, pequeñas piezas que personificaban la rueda de la fortuna y que involuntariamente, resultan modificadoras del incierto futuro de cualquier hombre.

Boudhila y sus amigos no se habían dado cuenta de que Toni, el de correos, había entrado al bar para beberse los tres coñacs matinales, y de que, en cuestión de pocos minutos, ya se había tragado dos. El viejo funcionario había adoptado esa ceremonia

durante los últimos meses, desde que se había separado de su mujer. Al ver a nuestro protagonista lo miró de arriba abajo y, dibujando una sonrisa irónica, tiró un billete encima de la barra para pagar su consumición y así menospreciar al joven inmigrante, que apenas tenía unas monedas para pagarse el frugal almuerzo. A causa de la borrachera, del calor del local y del ambiente cargado de humo, había dejado la chaqueta colgada en una silla del establecimiento. El nigeriano, evitando las provocaciones de aquel viejo ebrio, observaba unas fotografías de principio de siglo de las Torres de Serrano, El Miguelete y un plano antiguo de la ciudad de Valencia.

Toni, después de haber consumido su dosis de alcohol diaria, más una cantidad extra por ser un día de especial relevancia, tiró la colilla a tierra, que cayó delante del pie del musulmán, y salió de aquel lugar sin esperar el cambio. Obstinado, estaba convencido que había actuado de la mejor manera, como se debe hacer con los extranjeros, crueldad y menosprecio. Transcurridos cinco minutos, ni Boudhila ni nadie había visto abandonada la chaqueta del viejo funcionario.

Entonces, Manel, que sí se había percatado de ello, le pidió al nigeriano que fuera a devolvérsela, al lugar donde trabajaba, que ambos sabían perfectamente donde era; pero él se negó rotundamente por razones obvias para no sentirse aún más esclavo y sometido. El dueño del bar le había hecho ver que no todos somos iguales, y que de esta forma le darían una lección sobre civismo y buena educación a Antonio. Lo que podía hacer ahora mismo era ir a correos, darle el abrigo que momentos antes había dejado olvidado debido, posiblemente, a los efectos del alcohol.

Al fin, convencido de que iba a hacer una buena obra, accedió y cogió la chaqueta. Echó a andar por las estrechas calles del barrio antiguo. Caminaba deprisa, con miedo, con pánico, porque llevaba una chaqueta que no era la suya pero que le quedaba bien, ya que

eran, más o menos, de la misma complejión. Para pasar desapercibido se la puso. La angustia del joven aumentó al recordar que durante esos días la policía rondaba por aquel barrio, oscuro y conflictivo, con el fin de detener a toda la clientela habitual de aquella escabrosa parte de la ciudad: drogadictos, prostitutas, camellos y emigrantes.

Caminaba rápido, pensando que la carrera en la que participaba estaba a punto de llegar a su fin. De pronto se metió las manos en los bolsillos y comprobó que estaban llenos de almendras y cacahuetes, el ágape preferido de un alcohólico, tomados para paliar las deficiencias de su alimentación. Cogió unos cuantos, y, mientras pelaba y roía algunos, tropezó por segunda vez con lo que le parecía un simple trozo de papel. Se resguardó en un viejo portón, tiró las cáscaras a tierra y observó que era un billete de la lotería de Navidad, justo para aquel mismo día, para el sorteo extraordinario de diciembre del 2001. El número 22.102, comprado dos días antes por el propietario de la prenda en cuestión.

Contento, pero al mismo tiempo desconcertado por el trivial descubrimiento, no sabía qué hacer. Aceleró sus pasos, que se hicieron más cortos, breves y torpes, y el ritmo se hizo frenético.

Dejó atrás la última esquina antes de llegar a su meta y, a pocos metros de la oficina, al final de su carrera, tropezó de pronto con dos policías nacionales quienes, al verlo nervioso, le preguntaron dónde iba, quién era y de dónde venía. Él se presentó como un vecino más del barrio, aunque no llevaba ningún documento para identificarse ya que se había dejado la cartera en casa. Los dos policías, nada contentos con la insegura respuesta del inmigrante, llamaron rápidamente a la patrulla más cercana que llegó pronto para recoger al sospechoso indigente. Boudhila, esposado, les ocultó el destino de su larga caminata; sorprendido por el final de los acontecimientos no quiso explicarles nada a los cuatro policías que le habían detenido: Se quedó mudo, quieto, llorando por la mala pasada que la suerte le había jugado.

La indiferencia, la impotencia y la tristeza se apoderaban de él, mientras las lágrimas corrían por su rostro. Ante la expectación de los vecinos, los policías lo introdujeron en un coche celular y se lo llevaron a la comisaría más cercana.

Allí compartía una gran celda con otros inmigrantes sin papeles, sin futuro. La enorme altura del techo, los helados barrotes de acero y la tierra blanca y gris que conformaba el ambiente del cerrado habitáculo, estaban en consonancia con el estado de ánimo del joven nigeriano. Un sentimiento de rabia contenida le invadía, le atormentaba el corazón, al mismo tiempo que, al fondo, la radio emitía las voces del sorteo anunciando la pedrea "¡cuarenta y dos mil quinientos cincuenta y seis!, ¡ciento veinticinco mil pesetas! ¡doce mil doscientos cuarenta y ocho!, ¡ciento veinticinco mil pesetas!".

El segundo y el tercer premio ya habían salido a primera hora de la mañana, el primero se resistía. Boudhila, con los ojos cerrados para agudizar al máximo la percepción sensorial de su oído, intentaba escuchar por encima de las voces de sus compañeros las vocecillas de los inoculados y bien peinados pequeños de San Ildefonso.

Mientras se repetía la cancionilla de números y pequeños premios, él, ciego y oprimiendo en la mano el billete del bolsillo, escuchaba el número correspondiente a los trescientos millones de pesetas, a la serie y al primer premio del sorteo extraordinario de la lotería de Navidad del 22 de diciembre del 2001, el último cantado en pesetas y posiblemente el último para Boudhila, quien, con una extraña sonrisa en la boca, cantaba al guardia de la celda su número, el número que, representando el espíritu navideño, habían pronunciado los huérfanos uniformados: el 22.102. El número que le ofreció al policía de turno para que le dejar salir.

Cuatro meses después, con los papeles en regla, Boudhila trabajaba de camarero ayudando a Manel en el "Bar el pobre", preparando los bocadillos de otros compañeros, que, como él, llegaban asiduamente todas las mañanas para desayunar, con ánimo, esperando que algún buen espíritu les sonriera y les llegara la suerte, la misma que había tenido Boudhila en Navidad .

[Anterior](#)

[Menú principal](#)

[Siguiente](#)

SUEÑOS IMPOSIBLES

Una madrugada te metiste en mi cabeza
y me okupaste. Por más que lo intenté te
negaste a abandonarme. Como último
recurso utilicé el exorcismo de un
poema. Desde entonces habitas en ese
lugar incierto del corazón en el que
viven los sueños imposibles.

Había un muro de silencio
tan sonoro
entre tanta algarabía.
Era tal la oscuridad
aun brillando
el sol que nos alumbraba cada día.
Tan profundo era el abismo
que se labra
entre tanta cercanía.

Y al vibrar el pentagrama,
un sortilegio
desmorona tanta traba.
Y los muros se derrumban.

Y la luz lo inunda todo.
Y se cierran al instante
las distancias abismales.
Y los velos se descorren.

Y veo:

Tu pelo arrebolado
por el viento insolente
que se atreve, afortunado,
a ceñirte la cintura
con un gesto irreverente.

Tus ojos sugerentes

que proyectan su mirada
decidida y transparente.
Y tu boca cincelada
cual si Venus celestial.
Y tus manos que dialogan
en silencio proverbial.
Y tu cuerpo que cimbrea
acompañado
entre tanto vendaval.

Y escucho:
El suave tintineo
de tu voz
que compite victoriosa
con el dulce ruiseñor.

Y adivino:
Oculto tras el manto artificial
que nos cubre al despertar
los tesoros que se guardan
como ofrenda
a los dioses sin altar.

Y siento:
Fluir con delicadeza
tu alma que con ternura
envuelve, acompaña, asegura,
que se adentra decidida
en la enredada espesura
de la jungla de mi vida.
Y sueño:
Con ser el viento afortunado
que arrebole tu cabello
y te ciña en el costado.

Ser la diana certera
del dardo de tu mirada.

Ser por siempre el escultor
de tu boca cincelada.

Y mis manos en las tuyas
hablar sin decir palabras.

Mi cuerpo junto a tu cuerpo
que al compás pueda cimbrear.

Oír cada amanecer
el tintineo de tu voz

que me canta en el silencio
una canción de amor.

Y sueño:

Ser ese dios sin altar
al que ofrendes el tesoro
que se oculta tras el manto

que nos cubre al despertar.

Y sueño:

Con que me envuelvas
y te adentres decidida
despejando la maraña
en que se enreda mi vida.

Y muero:

Desesperado,
sin consuelo,
preso de mis anhelos
y mis sueños desbordados.

[Anterior](#)

[Menú principal](#)